

LA MÁXIMA PROMOCIÓN DE LA MUJER

SOLEMNIDAD DE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

15 de Agosto de 2.010

Y se abrió el Santuario de Dios en el cielo, y apareció el arca de su alianza en el Santuario, y se produjeron relámpagos, y fragor, y truenos, y temblor de tierra y fuerte granizada. Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores de parto y con el tormento de dar a luz.

Y apareció otra señal en el cielo: Un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. Su cola arrastra la tercera parte de las estrellas de cielo y las precipitó sobre la tierra. El Dragón se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz. La Mujer dio a luz a un Hijo varón, el que ha de regir todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono. Y la mujer huyó al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios para ser allí alimentada doscientos sesenta días. Oí entonces una fuerte voz que decía en el cielo. Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que nos acusaba día y noche delante de nuestro Dios. Apocalipsis, 11,19; 12,1-6.10

Celebramos hoy la Asunción de María a quien con Cristo y en Cristo creemos más viva y viviente que nosotros mismos. La creemos en estado de plenitud existencial, con su grano humano transformado en espiga definitiva y eterna. Presente en todo y en todos. Disfrutando de su total humanidad.

Celebrar la Asunción de María es experimentar que Dios levanta del polvo al humilde y lo sienta con los príncipes del cielo. Es alegrarse porque el Reino de Dios - mejor dicho, Dios - la ha penetrado totalmente y se ha compenetrado con Ella de un modo total e insuperable. Es gozarla, porque María ha llegado a lo máximo a que puede aspirar una criatura humana. Es hacer fiesta en cuerpo y en alma, porque en María, como antes en Cristo, la humanidad ha alcanzado su más radical y exuberante realización, gracias a que el Padre de Ella y de todos nosotros no ha permitido que se perdiera en la muerte la principal pieza que después de Cristo le ha salido de su corazón.

Jamás podrían soñar los átomos terrenos acoger en sus minúsculos templos mayor torrencial de vida humana y divina. Jamás sentimientos humanos podrían imaginar ascender a tan exquisita y sublimada sensibilidad. Jamás la mente de los hombres pudo sospechar instalarse como Dios en los más misteriosos y profundos repliegues

de toda realidad y de toda la realidad. Jamás el corazón del hombre pudo oponer a amores tan creativos y recreativos, tan tiernos y misericordiosos, tan geniales y generosos, tan valiosos y gratificantes.

Celebrar a María Asunta a los cielos es frotarse el alma y el corazón, porque con Ella glorificada va en serio aquello de que la muerte no es el punto final de nuestra peripecia humana. Es presentirse promocionados del todo y en todo los que, como Ella, creemos en Cristo Resucitado y Ascendido, inaugurador de la serie innumerable de candidatos celestes. Es sabernos nominados por Dios a lo que ni ojo vio ni oído escuchó, a ese estado de estallido total y de despliegue infinito de todo nuestro ser de hombres peregrinos e incompletos.

La fiesta, esta fiesta de María glorificada, bien merece nuestro éxtasis y arrobamiento por vernos en ella a punto de resurrección y Vida una vez que el Padre nos dé a luz eterna tras haber desplegado también sobre nosotros todo su potencial amoroso de Padre y de Dios.

Juan Sánchez Trujillo